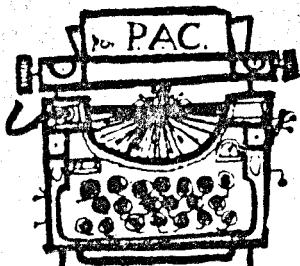


## El Congo y la muerte



“La vie ne vaut peut-etre pas  
grand-chose, mas rien ne vaut la vie”.

MALRAUX.

“Puede que la vida no valga gran cosa,  
pero nada vale más que la vida”.

Si una vida humana estuviera en peligro — si un aviador ruso o de cualquier nacionalidad hubiera caído en las selvas africanas—, si ejércitos de paracaidistas lo buscaran, y exploradores de diversos países batieran la selva para localizarlo, el mundo seguiría emocionado, hora tras hora, la aventura de su rescate. Hemos presenciado mil veces este espectáculo a través de periódicos, cines y radios. Hemos visto movilizarse hombres de todos los continentes por salvar la vida de un niño; coordinar aviaciones de cuatro o cinco naciones por rescatar una tripulación perdida. ¿Quién se fija entonces en gastos, o escatima esfuerzos o se acuerda de fronteras?

Si esto es así ¿por qué en el caso del Congo, el Comunismo protesta cuando se rescatan unos rehenes que están siendo masacrados? ¿Qué muro tan extraño separa el acto humanitario de salvar a los pasajeros de un avión caído, del acto generoso de salvar a unos inocentes amenazados de muerte por unos salvajes?

En el “humanismo” comunista hay un último engranaje que no funciona y, al no funcionar, paraliza toda su doctrina. Hay un momento siempre en que el “humanismo” comunista se vuelve inhumano. ¿Por qué?

Si el Comunismo fuera lógico consigo mismo —desde el momento en que niega a Dios y rechaza “la otra vida” dándole, según dice, un valor absoluto y pleno al Hombre, debería tener para la vida humana —por cuanto no hay otra más que ésta— un aprecio sin límites. El Comunismo materialista debería ser la doctrina práctica más humanitaria de la historia. Desvivirse en cualquier circunstancia por cualquier vida, por cuanto afirma que no hay otra, ni hay tampoco, un Dios que reponga o recupere la injusticia de cualquier vida inmolada.

Sin embargo, no existe doctrina que practique mayor desprecio por la vida que el Marxismo. La vida no cuenta en ninguna etapa de la dialéctica ni del proceso comunista. Las purgas, el paredón, la moral policíaca, la técnica terrorista, el tiro en la nuca, la masacre —toda la metodología revolucionaria del Marxismo para conquistar el poder o para retenerlo, indican que, desde la desaparición de los grandes imperios paganos de la antigüedad, nunca se había rebajado tanto el valor de la vida humana en un grupo social.

El Comunista endurecido no es capaz de advertir —ni de importarle— esta contradicción. Lo extraño es que muchos, que han llegado al Comunismo por sentimientos humanitarios —por solidaridad con el hombre explotado— permanecen también igualmente insensibles a esa brutal oposición de términos racionales. Pero es que el Comunismo, en estos casos, juega con extrema habilidad con la psicología de las masas. El Humanitarista, por un momento, puede saltar molesto, y reaccionar con asco ante las matanzas del Congo. Pero un leve golpe de pluma y la utilización de un nombre sonoro, político, ofensivo como “Piratería Imperialista” (así llamó Brezhnev)<sup>2</sup> bastan para que quede oculto o desviado el caso de esos miles de rehenes y las masacres y los actos de canibalismo.

La pasión es fácil encubridora. Quizás si el Comunista de buena fe mirara el revés del caso, si interrogara la solidaridad comunista no desde la vida, sino desde la muerte, captaría esa contradicción que desgarró lo humano en su pretendido humanismo.

Edgar Morin —el pensador comunista francés —en su libro “L’homme et la mort dans l’histoire” —se enfrenta con el problema de la muerte (que acepta como un verdadero problema, ya que siempre lo ha sido para el hombre), y después de examinar la actitud de los pueblos primitivos, recorre, para excluirlos sucesivamente, todos los intentos de respuesta, que, a lo largo de la historia, han formulado religiones y filosofías. Y el lector que aguarda impaciente la solución que le ofrecerá el materialismo dialéctico, se encuentra al final de la obra con la profecía de que la ciencia “llegará alguna vez” a alargar tanto la vida del hombre que la muerte “cambiará cualitativamente” y... ya no será temible.

El Marxismo toma igual posición filosófica ante la muerte que ante la vida. La solución al gran problema humano de la muerte la remite a una utopía, a un científico “quizás”. Bien, pero a MI y a TÍ —a nosotros —¿qué nos beneficia que la muerte futura ya no sea temible si la muerte presente lo es y hemos de morir? Es lamentable que una filosofía crea poder encontrar respuesta a un problema humano dejando afuera de la solución a todos los hombres (millones de millones) que ya murieron y que seguirán muriendo antes que la ciencia haga ese pobre milagro de alargarnos, por unos siglos, la vida.

### **3 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA**

Si soy sólo materia, qué solidaridad me liga con ese hombre futuro y qué me soluciona a mí AHORA lo que él logre MAÑANA? ¿Es que el materialista puede ser lógico consigo mismo si aspira a algo que no sea el presente? ¿Qué es el mañana para el que no tiene mañana?

La solución que el Materialismo da a la muerte deja al descubierto su fundamental falta de solidaridad con el Hombre. Al comunismo no le importa el hombre de hoy, sino el de mañana. Por eso su valoración de la vida humana queda bajo cero: al nivel mismo del canibalismo si es necesario.

Sacrifica en el altar de un dudoso mañana toda la realidad del ahora. . . .

Pero el hombre es un ser con ayer-hoy-y-mañana, Y si no nos importan los muertos de ayer, tampoco nos importan los de hoy . . . ni nos importarán los de mañana..

Caminos in-humano nos llevan al humanismo.

**Pablo ANTONIO CUADRA.**